

IV

LA HIJA ADOPTIVA.

¡Ya era tiempo!

Apenas se había cerrado la puerta del cuarto de dormir de madama Gosse, á donde se había refugiado madama de Puysaie, cuando ya se oyó la gritería de las mujeres en la meseta misma de la escalera.

— ¡Madama Gosse! ¡madama Gosse! aqui hay un caballero que pregunta por vos.

José fué á abrir la puerta del cuarto, que, al volverse, le ocultó.

Nini Moustache se quedó de pié en el rincón mas oscuro. Venia de tal manera preocupado el conde, que, al entrar, ni vió á la una ni al otro.

Y dirigiéndose desde luego á la ex-partera :

— ¿Sois vos madama Gosse? le preguntó.

La buena mujer, toda cortada, no respondió sino por medio de un signo afirmativo, acompañado con una profunda y ceremoniosa reverencia.

Las vecinas cuya curiosidad se había avivado en este nuevo incidente, se habían quedado agrupadas en el descansillo y asomaban sus hocicos por los intersticios de la puerta, que había quedado entreabierta; pero José, que lo advirtió, les dió muy bonitamente con ella en las narices.

— ¿No os han confiado, continuó el conde enteramente preocupado con su idea fija, una niña llamada Liliás?

— En efecto, tartamudeó la Gosse.

— Entonces, ¿en dónde está esta niña? servios enseñármela, ó llevarme á donde se encuentre.

La buena mujer permanecía siempre muda y con la boca abierta.

No porque titubease ya entre la mentira que se exigía de ella y el peligro de que le había hablado José, ¡oh! no; pero ¿qué había de responder á la pregunta del conde?

¿Dónde estaba Liliás? ella no lo sabía.

Loredano dando una falsa interpretacion á su silencio, se sonrió.

Creía que la buena mujer desconfiaba de él.

— Tranquilizaos, le dijo, podeis hablar con toda libertad y confianza, y para daros una prueba de que estoy al corriente de todo lo concerniente á esta niña, os diré que es la hermana de una tal Celina Durand, ¿no es cierto? Pues bien, sabed que yo estoy unido á la Celina con profundos lazos de cariño; que ella me ha legado á su hermana, y que si hoy vengo á reclamárosela, es para hacerla dichosa y rica, para hacerla mi hija adoptiva.

Siempre el mismo silencio por parte de la Gosse; ninguna respuesta.

La buena mujer dirigia miradas suplicantes hácia los sitios en que se hallaban Nini Moustache y José, como para decirles :

— ¡Por Dios! sacadme de este atolladero, que yo confirmaré todo lo que vosotros digais.

El conde sorprendió una de aquellas miradas, se volvió hácia aquel lado, y apercibiéndose á Nini Moustache, dió un gran grito y exclamó :

— ¡Vos!... ¡tú!...

Tuvo necesidad de agarrarse á la mesa para no caerse, porque sintió que las piernas le flaqueaban, y la misma Celina, tan pálida y conmovida como él, ni aun pudo venir á sostenerle.

Pero ofreció interiormente este tormento que hubiera querido evitar, á costa de un año de su vida, al Dios que había aprendido á conocer; y sacando valor de su resolucion invencible, fué la primera á reponerse y le contestó :

— Sí, Loredano, yo misma soy; yo que me había hecho el juramento de no volver á veros mas, y que me siento á la vez tan turbada como dichosa de poderos decir de viva voz mi último adios.

— ¿Por qué adios? murmuró el conde.

Pero leyendo en la mirada de Celina una enérgica y decidida voluntad, no insistió, antes bien :

— Teneis razon, dijo; mas vale así.

— Si, repitió Celina, mejor es así, amigo mio; hemos sido bien débiles y bien cobardes uno y otro; rescatemos, pues, por un dia de valor, nuestra mútua cobardía y nuestra debilidad.

Y acercándose á él, apoyó suavemente su mano sobre el hombro del conde.

— Habeis aceptado mi legado, y os doy gracias desde lo mas intimo de mi corazon, continuó. Hoy me procurais la única, la última alegria que yo sea capaz de experimentar, Liliás...

— ¡Liliás! exclamó el conde : ¡oh! no dudeis, Celina, que la amaré como á mi propia hija, puesto que ella será el último recuerdo que conservaré de vos.

— Gracias, repitió Nini Moustache. Ahora ha llegado el momento de separarnos, y esta vez para siempre. Liliás está educándose en un colegio de Passy, cuyas señas teneis aqui, — y sacó un papel impreso de su bolsillo. — Madama Gosse os acompañará. Debo advertiros que la niña ignora todo cuanto concierne á su familia; no le preguntéis nada acerca de ella; y mas aun, si creéis que una mentira....

— Yo le diré que soy su padre, interrumpió Loredano con ímpetu, y os juro que, en efecto, lo seré realmente.

— Ya lo sé, Loredano, ya lo sé; pero el tiempo urge, y yo quisiera ya verla entre vuestros brazos. Id á buscarla pronto, amigo mio, id, y... ¡adios!

— ¡Adios! repitió Loredano extendiendo los brazos como para retenerla sobre su corazon.

¡Ah! ¡bien hubiera querido precipitarse en ellos; estrechar aquel pecho en donde latía un corazon que tanto la había amado! ¡bien hubiera deseado posar su frente sobre los hombros de su amante y derramar el mar de lágrimas

que inundaban su corazon! pero dirigió una mirada hácia la puerta detrás de la cual se ocultaba Hortensia, y triunfando de su debilidad :

— ¡Adios! exclamó por tercera vez.

Loredano vió que todo había concluido ya entre los dos, y cogiendo por la mano á madama Gosse, la arrastró, por decir así, tal como estaba, sin chal y sin sombrero, hácia la puerta, diciendo :

— Vamos, vamos pronto... venid. Y en seguida se la llevó.

Tan luego como hubieron salido, se abrió el dormitorio, y madama de Puysaie, pálida como una muerta, apareció en el umbral de la puerta.

Rendida por el combate que acababa de sostener, Celina se relorcía los brazos y daba profundos sollozos que, en vano, trataba de sofocar.

Hortensia corrió hácia ella y besándola en la fente :

— Gracias, hermana mia, la dijo.

Todos los vecinos de la casa se habían asomado á las ventanas para ver á madama Gosse en sus glorias, instalarse en el brillante carruaje blasonado del conde de Puysaie.

La buena mujer no se había visto jamás en su vida tan honrada, y con el rostro encendido, llena de orgullo y timidez al mismo tiempo, apenas se atrevía á tocar con su augusta obesidad el raso azul celeste de los almohadones del coche.

En vano se esforzaba por tomar un aire desembarazado; pero al mismo tiempo, ¡con qué arrogancia dejaba caer sus miradas despreciativas sobre las envidiosas vecinas, anonadadas por la superioridad moral que acababa de obtener sobre ellas casi de repente!

— No sois vosotras, querian decir aquellas miradas, á quienes ningun conde vendrá á buscar en coche.

Y las mas envidiosas se veian obligadas á confesar que madama Gosse tenia unos amigos y unas relaciones bien originales.

Con el cochero delante y el lacayo detrás, el coche se puso en movimiento acompañado por un murmullo de admiracion y de envidia.

Durante toda la travesía de los Mercados, fué un verdadero triunfo.

Los pilluelos corrian delante como batidores y extendian la fabulosa noticia gritando :

— ¿Quién quiere, quién quiere ver á madama Gosse en carroza con un príncipe?

Y las verduleras dejaban sus puestos, los acarreadores se ponian de pié sobre los fardos, y los mozos de cordel y los demandaderos se agrupaban á la puerta de las tabernas para verla pasar.

Madama Gosse era muy conocida y popular.

No se ejerce la profesion de partera por espacio de veinte y cinco años en balde.

Así es que de buena gana hubieran gritado muchas, al verla pasar, como si fuera una princesa :

— ¡Viva la Gosse!

Nadie reparó en la casa de la calle de Rambuteau, en la

salida de dos señoras cubiertas con sus velos y acompañadas por José.

Buen tiempo tenian las vecinas para irse á ocupar de José y de las dos encubiertas, cuando les faltaba para ir á enviar á madama Gosse y á su brillante séquito triunfal.

Y sin embargo, lo erraban, porque este segundo espectáculo habría causado todavia mas asombro que el primero á aquellos que hubiesen fijado bien en él su atencion.

Madama Gosse en carretela, cierto que era un hecho curioso; pero lo era mucho mas todavia el ver á un simple oficial de cincelador vestido de caballero, dando el brazo con el mayor desembarazo á dos señoras encopetadas.

Solamente que este trio no tomó sino un simple coche de alquiler; y el pueblo corre siempre detrás de las carrozas doradas.

Un hombre parado en la acera de San Eustaquio, acababa de leer en aquellos momentos una carta.

— ¡Bah! exclamó encogiéndose de hombros; el conde viniendo en persona á buscar él mismo á Liliás para llevársela á su casa... ¡qué locura!... Vamos, Aurelia es como las demas; promete mas de lo que puede cumplir.

En aquel mismo instante pasaba por delante de él el carruaje que conducia triunfalmente á madama Gosse en medio de las aclamaciones verdulerescas del Mercado.

M. Gigant, que era este hombre parado, alzó la cabeza y reconoció á la comadrona Gosse sentada al lado del conde de Puysaie.

— ¡Ya!... exclamó asombrado. Vamos, está visto, esta mujer es el mismo diablo : de seguro es el asociado que yo necesitaba.

V

EL SECRETO DE M. GOSSE.

M. Gigant siguió mirando algunos instantes el carruaje, que tomaba la calle de los « Dos Escudos »; despues, volvió á sacar la carta que acababa de leer y metido en el bolsillo, y se puso á leerla de nuevo, con mayor atencion.

Esta carta no tenia sino unos cuantos renglones escritos con letra menuda y muy metida.

« Acordaos de nuestro pacto, decia, y haced vuestra obra : yo he empezado ya la mia, que facilitará la vuestra. Mañana irá el consentimiento de madama de P... Desde hoy mismo M. de P... irá á reclamar á Liliás á madama G... para llevársela á su casa. »

No habia firma. Solamente se veia grabado en la parte superior del papel, un elegante escudo con la divisa : *Fac et spera.*

«Obra y espera.»

Cosa extraña: esta divisa hizo soñar durante largo tiempo á M. Gigant, que era el menos visionario y soñador de los seres. «Obra y espera» era al mismo tiempo una orden y una promesa.

Y á la idea de todo lo que contenía esta palabra: «Espera», este hombre que, hasta aquel día había conservado sus pasiones vírgenes y amoldado sus sentimientos á la tiranía de sus ideas, sentía hervir su sangre y crispase sus nervios.

Si, preciso era que se lo confesase á sí mismo: se sentía vencido, dominado por aquella voluntad, por aquella hermosura que se llamaba Aurelia.

La amaba.

Extraño amor, por cierto, en el que entraba tanta parte de terror como de afecto. Amor de tigre por el domador que lo sujeta y á quien tiene tentaciones de despedazar entre sus garras á cada momento, pero cuyas manos lame, sin embargo.

Libre y fuera del alcance de la fascinación y de la mirada de aquella mujer singular, se había creído capaz de resistir, y se había dicho: Ella se alaba mucho; quiere burlarse de mí y la burlada será ella; porque su poder es ilusorio.

Pero desde el primer día, desde la primera hora, ella afirmaba su poder por medio de un hecho incontestable cuya realidad se vió obligado á confesar M. Gigant.

Aquel poder le causaba miedo, porque él lo sentía pesar sobre sí mismo como sobre los demás.

No podía borrar de su imaginación el recuerdo de la terrible impresión de horror que había experimentado al verla aparecer como un fantasma y marchar hácia él con el brazo extendido, los labios contraídos y la mirada amenazadora.

Y en su cerebro medio trastornado venían á mezclarse de una manera extraña estos dos nombres: «Aurelia... Elena...»

Si, amando á la primera, era verdaderamente á la segunda á quien amaba: á Elena, á su víctima, que no había podido olvidar nunca, aumentándose su amor por ella en relación de la magnitud de su crimen y de sus remordimientos.

Hay almas verdaderamente de esta especie, que, inaccesibles á todo sentimiento generoso y tierno, para llegar á sentir esta pasión, necesitan el estimulante del crimen.

¡Él, amado de Aurelia! — ¡qué sueño y qué delirio! — le parecía que sería á la misma Elena á quien estrecharía entre sus brazos; y esta idea le hacía, de antemano, erizarle los pelos de horror; y sin embargo, ya no vivía sino movido por esta idea:

Fac et spera.

Y con todo — en un momento de lucidez había cruzado por su mente esta otra suposición: — ¡Si Aurelia le vendía!...

Si le hubiese mentado, si toda su intriga no hubiese tenido por principal objeto mas que el de deshacerse ó de neutra-

lizar por lo menos á un enemigo peligroso; si, llegado el día del triunfo, le dijese por último:

— No os conozco.

Con solo pensar en esta idea, M. Gigant saltaba de rabia; pero dominado casi en seguida por su delirante ardor, apartaba semejante pensamiento juzgándolo una locura.

Amaba como aman los animales feroces; pero aun estos, al fin, aman, y todo amor, aun el mas abyecto, no vive sino por la fé.

— ¿Por qué se dignaba partir con él una presa que estaba segura de coger ella sola?

¿Qué necesidad tenía Aurelia, al fin y al cabo, de un aliado como M. Gigant, puesto que ella lo podía todo y que él se sentía tan débil en su presencia?

¿Qué sentimiento era el que la impulsaba á buscar una alianza onerosa de la que le hubiera sido tan fácil prescindir, como acababa de probarlo?

Ella misma le había descubierto cuál era este sentimiento al decirle: «Sois tan fuerte como yo; hace mucho tiempo que yo andaba buscando un aliado tal como sois vos.»

— Ella es una leona, exclamaba entonces M. Gigant, y yo, yo soy un león. Ella ha llegado á conocer mi fuerza como yo he conocido la suya; me ama y me teme, como yo la temo y la amo.

Todas estas reflexiones que nos ha sido necesario expresar en muchas líneas, pasaron rápidas como un torbellino por el cerebro y por el corazón de M. Gigant; y todavía se oía la gritería de los pilluelos que habían acompañado triunfalmente á madama Gosse cuando ya él había continuado su camino, exclamando interiormente:

— ¡Lo que ella mande, lo haré!

Y sus labios apretados repetían maquinalmente las tres palabras latinas que Aurelia había tomado por divisa: *Fac et spera.*

En la punta del ángulo que forma la iglesia de San Eustaquio, se veía entonces, y tal vez se vea hoy día todavía, porque nosotros no hemos ido á averiguarlo, una covachuela de memorialista.

Pegada al edificio como una excrescencia cancerosa, esta miserable covacha tenía un rótulo que decía:

Gosse, memorialista.

En el interior pues de este sucucho era en donde se arreglaban las correspondencias amorosas de las cocineras que se picaban de escribir en estilo correcto, y las cartas anónimas de los amantes desgraciados á los maridos burlados.

Desde por la mañana hasta por la noche, la pluma elegante de M. Gosse no cesaba de recorrer las carillas de un papel lustroso, batido y hasta perfumado.

Memoriales para los ministros, cartas sobre negocios diferentes, cartitas de enamorados, no ofrecían para él dificultad alguna, y aun había llegado su atrevimiento literario hasta dar consultas de abogado varias veces y rendir culto á las hermanas del Parnaso.

Delante de él, encima de su ennegrecida mesa, veíanse



La covacha de M. Gosse.

resmillas y manos de papel de todas clases y tamaños: el ancho papel llamado papel ministro, grueso como cartulina; papel doble de Angulema, destinado á las correspondencias comerciales, y papel ordinario; y para que nada faltase, había también ese papel tan estimado de las damas que los especuladores ingeniosos han guarnecido con franjas en los lados, que imitan los bordados y el encaje, é iluminado con figuras alegóricas pintadas á la aguada.

El que no hubiese visto al buen memorialista en su gabinete, — pues así era como llamaba su covacha con grande énfasis, — ya podía decir que no conocía á M. Gosse.

Todos los grandes hombres son así: tienen una fisonomía pública y otra privada.

Segun se mostraba de tímido, de sumiso y — digamos la verdadera palabra — de nulo, en el interior de su casa, otro tanto se trasformaba cuando volvía á encontrarse en el desempeño de sus funciones, y entonces se manifestaba lleno

de una dignidad modesta, pero firme, y tal cual conviene á las almas altivas y grandes.

No era él quien se hubiese rebajado á escribir en el frontispicio de su gabinete — conservémosle este nombre á su covacha, ya que el buen hombre tiene empeño en ello — este rótulo romanesco:

A la tumba de los secretos.

Ni menos el que escribiese *vota* en vez de *bota*, como algunos de sus compañeros ignorantes.

Esos, decía con indignación el buen Gosse, deshonran el arte: no decía el oficio, ni aun la profesión, ¡bah! eso era, segun él, de una vulgaridad clásica.

Para hacer una felicitación al abuelito el día de su santo, ó para escribir una epístola á un protector, no era posible encontrar otro que supiese arreglarlas mejor.

Tenia sus ideas fijas sobre el particular: una carta, según él, no tenía mérito ni valor sino por el estilo. La forma para él era todo.

Así, ¡con qué desden trataba á sus humildes clientes! Se desquitaba con ellos de todas las humillaciones que sufría en su hogar doméstico. Siempre era él quien sabía mejor que los mismos interesados lo que les convenía. Desde la primera palabra que le decían, estaba ya al corriente del negocio; y nodriza hubo que, viniendo á buscar una carta de reconciliación con su Blas, porque tenía ganas de jolgorio, salía llevándose una carta de reconvenciones y quejas.

Su tono de suficiencia y su buena educación — porque no podía negarse que había aprovechado el tiempo durante los años que estuvo siguiendo los cursos « hasta la cuarta clase, en el colegio Lavertue », — lo habían transformado casi en el oráculo del barrio.

Así es que se formaba *cola* á la puerta de su covachuela, en la que los clientes no entraban sino por turno y uno á uno, como en el confesionario.

Sentado delante de su mesita, con su gorro negro de seda en la cabeza, con la pluma en la oreja derecha y su lente en la nariz — pues usaba lente en vez de anteojos, que encontraba ser cosa muy vulgar, — el buen Gosse se daba una grave importancia, como el más célebre abogado á las horas de su consulta.

Bajo el impulso de sus dedos mágicos, las carillas de papel blanco se cubrían de líneas negras que parecían signos cabalísticos á los ojos admirados de sus clientes.

Tratos empezados ó concluidos, intrigas enlazadas ó desenlazadas, misterios amorosos, nada se hacía en el barrio sin que sirviese de intermedio M. Gosse; y él, consciente de su poder, asistía impasible á ese eterno combate de las pasiones y de los intereses humanos, con la misma calma, con la misma dignidad y nobleza y con la misma impasibilidad que su gorrillo de seda negra.

Hacia esta covachuela célebre en todo el distrito de los Mercados fué á donde se dirigió M. Gigant con paso resuelto y deliberado.

Al ver la muchedumbre que rodeaba la covacha, no pudo reprimir un gesto de disgusto ó impaciencia; pero sin duda debía tener algunos motivos para guardar ciertas consideraciones con el memorialista y no lastimar su susceptibilidad, porque, á pesar de su visible irritación, tomó puesto en la fila y aguardó su turno.

Los parroquianos iban desfilando poco á poco.

Primero entró en el gabinete Gosse una linda pescadera que se acordaba sin duda de su Paco ó Manolo que había marchado al ejército... Esta no estuvo dentro sino algunos minutos.

Después vino la vez á una señora anciana, que se dirigía á la Prefectura de policía para reclamar un perro falderito que se le había perdido; y fué preciso invertir más de un cuarto de hora para expresar bien las señas del querido faldero...

Luego... ¿qué sé yo?... criados que buscaban acomodo; soldados que pedían algunas pesetillas prestadas á sus padrinos...

Era cosa de nunca acabar, porque M. Gosse, al mismo tiempo que era memorialista, tenía también una pequeña oficina de informes y noticias.

M. Gigant esperaba su vez con una impaciencia que no podía ya disimular: al fin, le llegó su turno y se presentó delante de la vidriera.

— Y bien, ¿está eso ya hecho? preguntó.

¡Acontecimiento inesperado y nunca visto! el memorialista Gosse se levantó, despidió con una mirada á las demás gentes que aguardaban su vez y salió afuera para cerrar las puertas y ventanas de su covacha.

VI

LA CARTERA VERDE.

Mientras que Gosse iba encajando una á una las tablas amachambradas que formaban la cerradura de su covacha, M. Gigant se había entrado adentro y se había sentado como si estuviese en su cuarto, en el sillón verde del memorialista, en el sόlo sacrosanto, asiento del buen M. Gosse.

Sentado allí cómodamente, estaba esperando.

Acabada de cerrar la última contraventana, le indicó con el gesto al « horrible monstruo » el humilde banquillo destinado á los parroquianos, y le dijo secamente:

— Sentaos ahí.

El buen M. Gosse se sentó con la misma docilidad que un colegial á quien se le va á echar una buena reprimenda que él mismo conoce haber merecido justamente.

La covacha estaba enteramente á oscuras; solamente un rayo de luz que filtraba por la parte superior de la techumbre y que caía directamente sobre la frente de M. Gigant, la alumbraba un poco y hacia la oscuridad menos opaca.

M. Gosse parecía hallarse fascinado por aquella línea blanca á cuya claridad dudosa veía relucir, como carbones encendidos, los terribles ojos del hombre de negocios.

— Todavía no habeis hecho nada, M. Gosse, dijo M. Gigant con tono severo, y sin embargo ya os he advertido que os hallabais en una posición singularmente embarazosa.

— Mi mujer se lleva siempre las llaves consigo, respondió tímidamente el memorialista.

— ¡Oh! no es porque la cosa me concierna á mi particularmente, dijo con aire indiferente M. Gigant, aunque os engañaría sino os dijese al mismo tiempo también que tengo algún interés en este asunto; pero lo que más particularmente me mueve es la amistad que os profeso y la idea del peligro que correis.

— Ya lo sé... ya lo sé yo eso, respondió hipócritamente el buen M. Gosse.

Estos dos honrados amigos trataban de engañarse mutuamente lo mejor que podían.

Uno y otro lo sabían, pero se hacían los desentendidos. Ya se vé, la práctica de los negocios... Todo trato debe empezar con protestas cuyo valor, ó mejor dicho, cuya nulidad conocen perfectamente ambos contratantes.

Fórmulas de buena educación.

— Ya conocéis ahora, puesto que os lo revelo, el origen de vuestro bienestar.

— ¡De mi bienestar! decid más bien del de mi mujer.

— Todo es uno mismo, puesto que vos sois mancomunadamente responsable de su conducta.

— ¡La desgraciada!... y yo pobre de mí que estaba ignorante de todo.

— Pero ya os he hecho yo caer las telarañas de los ojos. Os halláis metido, á la hora presente, sin sospecharlo siquiera, en un negocio que vendrá probablemente á tener su solución ante los tribunales. Un caso de adulterio perfectamente probado, en el cual habeis sido vos cómplice.

— ¡Yo!...

— Vuestra mujer; y ya os he mostrado claramente...

— Sí... sí... interrumpió el buen M. Gosse, que soy, por mancomunidad, responsable de sus actos. ¡Pardiez! ya lo sé bien. Pero al fin de cuenta, ¿qué me importa á mí todo eso?

— No mucho que digamos, es verdad. En el crimen de adulterio se impone poco castigo á los cómplices. La mayor parte de las veces se contentan con imponerles una reprimenda pública.

M. Gosse no respondió; pero el chasquido que hacía con sus dedos, el pulgar y el del medio, parecía como que quería decir:

— No me río yo mal de todo eso.

— Así es que solo por eso no habria venido á incomodaros hoy, prosiguió M. Gigant, porque esta es una cuestión que debe resolverse únicamente entre vos y vuestra conciencia; pero en el día, la cosa es mucho más grave.

— ¡Bah! exclamó M. Gosse en tono irónico.

Por lo visto, el buen M. Gosse, bajo sus apariencias bonachonas, era más fuerte de lo que se creía.

— Sin duda, puesto que hoy no se trata ya simplemente de una complicidad en adulterio, prosiguió M. Gigant con aire candoroso, sino de la sustitución de una niña por otra; crimen previsto por el Código penal, mi querido M. Gosse.

— Pero yo ni entro ni salgo en nada por todo eso, exclamó el « lobo querido »; soy tan inocente como el niño que acaba de nacer, y los jueces lo verán.

— Los jueces no verán más que una cosa, mi buen amigo, y es que si vos no habeis tenido una participación directa en todo eso, os habeis aprovechado sin embargo de ello. Creedme, no deis lugar á que vengan á meter sus narices en vuestros asuntos; esas gentes no creen sino en el mal, con tanta más razón de que vuestro verdadero interés bien

entendido debe impulsaros á separar vuestra causa de la de vuestra mujer.

— Ya te veo venir, pensó entre sí ese grande escéptico de Gosse; tú te crees muy diestro, mi buen hombre; pero ya sé yo bien que no serás tú el que me denuncie. Ignoro cuál es tu objeto, pero de seguro no es ese el camino por donde quieres ir; esto es evidente para mí.

M. Gigant, por su parte, se hacía esta reflexión al mismo tiempo:

— No tiene trazas de estar amedrentado. Empleemos el grande argumento.

Y en alta voz añadió:

— ¿Es que acaso dos ó tres billetes de mil francos ganados por solo cumplir con vuestro deber de hombre honrado os causarían pena, M. Gosse?

El memorialista tuvo mucho trabajo en reprimir un movimiento instintivo de alegría. Con tres billetes de mil francos, ¡cuánta espuma no podría sorber en aquella famosa cervecería que él conocía, en donde la cerveza era tan exquisita!... Pero reprimiendo lo mejor que pudo aquel primer movimiento de entusiasmo irreflexivo, contestó con la mayor indiferencia:

— Eso... según y conforme.

— Vamos, pongamos cinco mil, y no hablemos más del asunto, continuó secamente M. Gigant, á quien exasperaba tanta resistencia, haciéndole dejar á un lado el regateo, que, en los hombres de negocios, es una segunda naturaleza.

Con un poco de paciencia habria conseguido lo que deseaba del « lobo adorado » mediante un billete de quinientos francos, tan grande era el amor que tenía á la cerveza, amor que hace olvidar al hombre sus más sagrados intereses.

— ¡Cinco mil *parneses*! exclamó el ex-alumno del colegio Lavertue, deslumbrado hasta el extremo de perder todo decoro y reserva y emplear aquel término inoble del lenguaje ó algarabía gitanesca; ¿qué es preciso hacer para ganarlos?

— Nada más que vuestro deber, simplemente, contestó M. Gigant: defender, en el círculo de vuestro poder, la familia y la sociedad, impedir que una niña extraña usurpe uno de los nombres más ilustres de Francia y una fortuna que no le pertenece; en una palabra, entregarme los papeles que vuestra mujer conserva tan cuidadosamente y que acreditan de un modo irrecusable el nacimiento ilegítimo de Liliás.

El escéptico M. Gosse se desternillaba de risa.

— No es mala *farsa* la de su sociedad y su familia, se decía en sí mismo. ¡Ah! *farsante* del diablo, hablad francamente con un amigo, y confesad que si á mí me ofreéis cinco mil francos por la cartera verde de mi « adorada Bébella », es porque á vos os han prometido diez mil por lo menos.

Decididamente, el buen M. Gosse no creía en nada.

— Los negocios son los negocios, replicó M. Gigant con la simplicidad de un hombre de Plutarco. Vos me podeis hacer conocer el nombre del padre verdadero de la niña